

SERMON

SOBRE

LA ASUNCION DE NUESTRA SEÑORA.

*Surge Domine in requiem
tuam, tu et Arca, sanctifica-
tionis tuæ.*

Salm. 131, v. 8.º

LA Asuncion de la Santísima Virgen María á los cie-
los, que celebramos hoy llenos de júbilo, es el térmi-
no feliz de su carrera, el triunfo de la gracia que
produjo sus inmensos méritos y el galardón que los
corona. Nuevo, grandioso, único y singular aconte-
cimiento que se apoya en la tradicion apostólica; tra-
dicion venerable que toda la antigüedad certifica,
que la fé del mundo profesa, que la Iglesia procla-
ma y que, habiendo venido hasta nosotros de acla-
macion en aclamacion, se ha hecho lugar entre las
mayores solemnidades religiosas. Así me expresé con
igual motivo y desde esta misma sagrada cátedra el

año anterior. Hoy voy á ocuparme de la veneranda tradicion del misterio y de la consecuencia que de ella se deduce.

Veinte y tres años vivió aun la Virgen María despues de la Ascencion del Salvador, edificando con sus ejemplos la Iglesia de Jerusalem. Habia cumplido ya los setenta y dos de su preciosa vida, cuando por una especial revelacion conoció que era llegado ya el momento de su tránsito. De repente, por una coincidencia prodigiosa, concurren los apóstoles, excepto Tomás, á Jerusalem, donde se hallaban tambien Timoteo, primer obispo de Efeso, con San Dionisio Areopagita, y todos le presenciaron llenos de un santo júbilo. Multitud sinnúmero de ángeles, entonando melodiosos cánticos, conducen su alma al seno de Dios, mientras los apóstoles colocan su purísimo cuerpo en Getsemaní.

Tres días despues llegó Tomás, y ya que no habia podido asistir á la muerte de su comun Madre, pide con instancia siquiera el consuelo de besar sus sagradas plantas. Baján todos á Getsemaní, abren el sepulcro, que exhalaba una celestial fragancia, y ven llenos de asombro que ha desaparecido el cadáver, quedando en su lugar sólo los lienzos y ligaduras que le envolvian.

Los apóstoles dedujeron sin la menor duda que Aquel á quien plugo encarnar en el seno virginal de María, y que no permitió que por un sólo instante, ni en su mismo nacimiento, sufriera la más ligera

lesion, no habia querido dejar el purísimo cuerpo de su amada Madre sujeto á los horrores de la corrupcion, ni quiso esperar tampoco el dia de la resurreccion general para conducirla á la mansion de los bienaventurados.

Veneremos, pues, esta tradicion general, que es la creencia unánime del pueblo cristiano, y que tanto se adapta á los sentimientos de nuestro corazon. Tradicion en todo conforme ó, mejor dicho, consecuencia necesaria de la vida prodigiosa de la Virgen María.

Esta es la materia de que voy á ocuparme en esta mañana. Me propongo haceros ver la propiedad y exactitud de la deducccion que hicieron los apóstoles al hallarse sin el cuerpo de la Santísima Virgen María en el sepulcro, porque su Asuncion á los cielos estaba en relacion directa, ó era una consecuencia de su vida de misterios. Materia sumamente grata é importante para todos.—AVE MARÍA.

*Surge Domine in requiem
tuam, tu et Arca, sanctifica-
tionis tue.*

Salm. 131, v. 8.º

Todas las obras de Dios ofrecen una armonía magnífica; su fin corresponde siempre á su principio, su conjunto á sus partes. Este es el gran recurso de las ciencias naturales para penetrar los secretos de la creacion. Esta es tambien una de las razones por qué los hombres de mundo, especialmente los hombres de ciencia, se resisten á conceder la existencia de los milagros, porque juzgan que los milagros trastornan el órden establecido por Dios y turban la armonía general del mundo. No conocen que los milagros son una prueba del poder del autor de la naturaleza, y sirven para establecer otra armonía más alta, puesto que nos dan á conocer una perfeccion sobrenatural, por la cual y para la cual ha sido criado el mismo mundo.

Pero la misma ley, el mismo órden universal que no permite admitir el milagro sino por este órden sobrenatural, exige que en este órden tenga todas sus consecuencias y todos sus fines, de modo que, cuando es hecho, le sigan otros milagros para dar cima á lo comenzado. Lo contrario seria una inter-

rupcion del curso ya natural de las cosas, seria una inconsecuencia sin razon suficiente, tendríamos fundamentos admirables de un edificio que carecia de coronamiento, y habria en ello un desórden que es imposible en la obra de Dios.

Esta verdad se aplica en el grado más eminente á la Santísima Virgen María. Si despues de una vida como la suya, su muerte hubiera sido como la de los otros hombres, esto sí que hubiera sido un milagro más asombroso. Porque la muerte es el eco de la vida, y todas las glorias de María, todos los misterios de su vida deben venir á hacer eco á su muerte, y unirse allí en maravilloso concierto, y componer en su celestial Asuncion como el misterio de sus misterios, la gloria de sus glorias, la grandeza de sus grandezas.

Haremos una aplicacion más directa. Pero como este campo es tan vasto y fecundo, me concretaré al misterio de la Encarnacion del Verbo, en sus relaciones con el de la Asuncion de la Santísima Virgen María. El misterio de la Encarnacion, que es el misterio central de nuestra adorable religion, tiene tan bello enlace con el de la Asuncion de la Virgen María, y tales son sus ricas armonías, que este segundo no parece sino la consecuencia del primero. Voy á presentaros sólo dos de estas preciosas armonías ó, con más propiedad, una sola, considerada bajo dos aspectos. La primera se funda en la reciprocidad de recibimientos; entre el recibimiento que

:

el Hijo de Dios debió hacer á la bienaventurada María en el cielo y el que ella le habia hecho en la tierra. La segunda se funda en que por la Encarnacion del Verbo se obró en el Hijo y la Madre tal comunicacion ó compenetracion de propiedades físicas y morales, que no permite admitir, sin ofensa de Jesucristo, que el cuerpo de María fuese presa de la corrupcion en el sepulcro. Estas armonías tienen entre sí toda la belleza de un concierto celestial y toda la fuerza de una demostracion. Veamos la primera.

El Hijo de Dios, al convidar á los escogidos de su reino, les dirá: «Venid, benditos de mi Padre, porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; estuve desnudo, y me cubristeis; encarcelado, y me consolásteis; enfermo, y me visitásteis.» Si esto es así, como nuestra fé nos enseña, ¿cuál debió ser el premio de aquella dichosa criatura, bendita entre todas las mujeres, que le recibió en persona; que le formó con su sangre; que le vistió de su carne; que le alimentó de su sustancia; que le dió, en una palabra, su benditísima humanidad, que en cierto sentido se la debe? ¿Bastará para la bienaventurada María, el premio comun á todos los predestinados? Esto repugna á la bondad de Dios.

«Venid ¡oh mi amada Madre! le hace decir un discípulo de mi P. San Bernardo; venid, nadie me ha dado tanto como Vos y á ninguno quiero conceder tanto como á Vos; me habeis comunicado en mi En-

carnacion lo que era de la naturaleza del hombre, pues yo os comunicaré en vuestra Asuncion lo que es propio de mi grandeza de Dios; me encerrásteis en vuestro seno por espacio de nueve meses, pues yo os colocaré en el seno del Espíritu-Santo; habeis sido mi hospedaje en la tierra, sed ahora el carro de triunfo de Dios vencedor.» ¡Oh admirable reciprocidad, así es cómo Dios vuelve á su Santísima Madre la hospitalidad que de ella habia recibido! ¡Oh amor de Jesus y de María!

Si, pues, el recibimiento de María en el cielo por el Verbo de Dios debia ser proporcionado al que ella le hizo en la tierra, debió ser llevada en cuerpo y alma, porque María le recibió con todo su cuerpo y con toda su alma y sus afecciones. Debió subir al cielo con su mismo cuerpo, que era la señal gloriosa de su divina Maternidad; con sus purísimas entrañas, que le sirvieron de trono y tabernáculo por espacio de nueve meses; con sus virginales pechos, que le lactaron; con su carne sacrosanta, con su sangre, con todo su sér, en fin, para acreditar que era la Madre de Dios-hombre, así como el Dios eterno é inmutable ostentaba en el cielo su humanidad, recibida de María. Hé aquí la primera armonía que resulta del misterio de la Encarnacion del Verbo, en sus relaciones con la Asuncion de la Virgen María. Veamos la segunda.

María fué hecha por el divino Verbo para que le produjera en su humanidad; el mismo Dios la hizo

con su propia mano, y la hizo como él quiso ser hecho por ella. La dotó de todas las propiedades que debía él tomar de ella en su concepcion y nacimiento. Preparó su humanidad física y moral en la misma humanidad de María; de suerte que María era, segun la hermosa expresion de Bosuet, antes de la Encarnacion como un Jesucristo comenzado, y despues de su Ascension como un Jesucristo continuado. Era el tabernáculo que no era de nuestra creacion, y el Arca santa, hecha y adornada por su huésped, como el templo y el santuario de donde debía salir y venir á nosotros. Por eso, como el Verbo de Dios humanado debía estar lleno de gracia, ella tambien fué llena de gracia; como él debía ser fruto bendito del vientre de María, María fué bendecida para llevarle; como él debía ser la flor, ella fué el tallo; de manera que toda la humanidad del Verbo estaba implícita y como en germen en María.

¿Cómo es posible, pues, concebir que este mismo seno virginal, prevenido con tantas gracias, adornado con tanta pureza, colmado de tantas bendiciones, enriquecido con tanta santidad, bien así como sustancia y forma de Jesucristo, fuera entregado á la corrupcion del sepulcro, á esa horrible descomposicion, que nos hace retroceder de espanto? ¡Ah! entonces, siendo la carne de Jesus la misma carne de María, resultaria el inconcebible y repugnante absurdo de que una parte de esta carne triunfaria glo-

rificada en Jesucristo en el cielo, interin la otra parte seria en María presa de los gusanos y la podredumbre en el sepulcro. «Horrible consecuencia, dice el P. San Agustin, que, lejos de atreverme á confesarla, me espanta sólo el pensarla:» *sentire non valeo, dicere pertimesco*. Este convencimiento hizo decir en otro lugar al mismo P. San Agustin: «si Dios pudo conservar íntegro el cuerpo de María en su parto, ¿no podria conservarlo tambien en el sepulcro? Si pudo y lo quiso, lo hizo sin duda.»

El mismo convencimiento hizo sentar á mi P. San Bernardo esta valiente y atrevida consecuencia: «La incorruptibilidad del cuerpo de Jesucristo en el sepulcro provenia de una virtud incorruptible que habia sacado del seno de su Madre:» *non poterat Sanctum videre corruptionem, quia de incorrupti uteri virgine ortum est*.

Y este convencimiento, en fin, hizo exclamar al profeta, al anunciar la resurreccion del Salvador, con aquellas magníficas y proféticas palabras: «Levántate, Señor, á tu reposo, tú y el Arca de tu santificacion:» *surge Domine in requiem tuam, tu et Arca sanctificationis tuæ*. Esta Arca de santificacion no es otra cosa que la Santísima Virgen María, que llevó en su seno á Jesucristo, figurado en el maná y en las tablas de la Ley; Arca labrada, de madera incorruptible, en la que se figura su incorruptibilidad en el sepulcro, y notad la fuerza de las palabras: «levántate, Señor, dice en singular, tú y el Arca de tu santificacion,»

como para darnos á entender que la resurreccion del Salvador no estaba completa sin la Asuncion gloriosa de María, siendo esta como una parte y complemento de aquello.

Digamos, pues, en resumen, y llenos de un santo gozo, cual lo exige de nosotros la Iglesia nuestra Madre, que la Santísima Virgen María fué llevada en cuerpo y alma á los cielos, como lo testifica la piedad cristiana de todos los siglos. Así lo acredita la venerable tradicion apostólica, en un todo conforme á la vida de misterios de la que habia sido criada para Madre de Dios; pero de un modo especial las relaciones del misterio de la Encarnacion del Verbo con el de la gloriosa Asuncion de María.

Bendigamos la bondad de nuestro Dios, que así se ha dignado honrar á su Santísima Madre, honor que redundaba en bien de sus amados hijos, y garantía de la gloria que esperamos en la eterna bienaventuranza.—AMEN.

SEPTENARIO DE DOLORES.

PRIMER DIA.

PROFECIA DE SIMEON.

*Super me confirmatus est
furor tuus, et omnes fluctus
tuos induxisti super me.*

Psalm. 87, v. 8.^o

Al fin yo soy el destinado para anunciaros en estos dias santos los dolores de nuestra tierna Madre María. Esta empresa, superior á mis débiles fuerzas, me ha confundido en algunos momentos, y considerándome el más pequeño entre los Ministros del santuario, y el más indigno entre los siervos de María, yo me anonadaba, señores, á su vista. Empero la divina Providencia, ese Dios grande que ostenta su poder y su gloria en los objetos más despreciables... aquel que eligiera siempre para las mayores empre-